

Arturo Sosa A.

## Reflexiones sobre violencia y seguridad

# El malandro: ni héroe ni villano

El problema más sentido por los venezolanos es el de la inseguridad personal, síntoma alarmante de la tendencia hacia la anarquía política y la anomia social existente en nuestro proceso social. La debilidad proveniente de la progresiva pérdida de credibilidad de los poderes públicos favorece el surgimiento de conductas anárquicas. La sustitución de Carlos Andrés Pérez no sólo por otro Presidente, Ramón J. Velásquez, y otro equipo, sino por un estilo diferente de dirigir el gobierno ha aliviado la tensión política. Sin embargo, los factores que inciden en la sensación de inseguridad pública, alimento de la anarquía y la anomia permanecen.

Ante un Estado que luce incapaz de revertir el proceso de deterioro de la seguridad social, el lento y costoso funcionamiento de los tribunales, las arbitrariedades de los cuerpos policiales, el auge de la delincuencia y el horror de las cárceles convertidas en inhumanos recintos atestados de jóvenes pobres sin juicio, se refuerzan las conductas que pretenden defender sus intereses particulares por cuenta propia e incluso «hacer justicia por su propia mano».

Estamos, pues, viviendo un proceso de fractura progresiva de los lazos de solidaridad social. Cada grupo e individuo ven a los demás grupos o individuos como «enemigos», como amenaza potencial. Por consiguiente, hay que defenderse. De esta manera van surgiendo barreras sociales entre los sectores medios y las clases populares, entre quienes viven en «urbanizaciones» y los habitantes de los barrios urbanos. Barreras que no se reconocen oficialmente, pero existen y cada día se hacen más altas y gruesas como las rejas y muros que protegen las casas de nuestras ciudades.

### QUE ES UN MALANDRO

El lenguaje común ha acuñado una expresión que personifica esa amenaza

creciente de la violencia urbana: **malandro**. Tal expresión cobra diferentes significados de acuerdo a la ubicación social y experiencia personal de quien la emplea.

Para los sectores sociales que viven en urbanizaciones, que no son barrios, pero están rodeadas de ellos, para los organismos policiales, gobernantes, dirigentes políticos, élites formadas por «gente de bien», el **malandro** es la encarnación viva de la violencia y de la amenaza

**Estamos viviendo un proceso de fractura progresiva de los lazos de solidaridad social. Cada grupo e individuo ven a los demás grupos o individuos como «enemigos», como amenaza potencial. Por consiguiente, hay que defenderse. De esta manera van surgiendo barreras sociales entre quienes viven en «urbanizaciones» y los habitantes de los barrios urbanos**

a la seguridad pública y privada. Más aún, los barrios son guaridas de malandros. En ellos nacen, se reproducen, protegen, esconden, planifican sus acciones... y mueren.

Desde esta óptica se ha hecho un retrato hablado del **malandro**: es un muchacho, muy joven, cada día son más; y más jóvenes los malandros. Evidentemente mestizo (pardo o negro), aunque sea blanco de piel no es reconocido por los «blancos criollos», pues los blancos de verdad, «ni que no tengan como», viven en barrios. Viste deportivamente, con prendas de marca, coloridos pantalones a media pierna, blancas medias, vistosos zapatos de goma, franela encendida y gorra fosforescente o zapatos y pantalones de vestir con chaqueta de cuero..., de acuerdo a las circunstancias, hasta como un mismo «yuppie», con celular y todo si se ve conveniente. Habla un dialecto que lo identifica y comunica con sus

pares que cambia por temporadas. Por supuesto, bien armado. De acuerdo a su rango obtiene armamento más o menos sofisticado que sabe usar y se entrena para ello. Dispuesto a lo que venga, sin mucha planificación va resolviendo los problemas y situaciones al ritmo que vayan surgiendo: «como va viniendo, vamos viendo», como acuñó Ibsen Martínez en «Por estas calles», la filosofía de la vida del propio Eudomar Santos. Mientras más jóvenes son los malandros más tienden a organizarse en «bandas» con otros adolescentes. Así se protegen mutuamente y consiguen con mayor eficacia lo que quieren. Los «mayores» —que difícilmente pasan de los 18 años— se encargan de iniciar a los más jóvenes en la venta y consumo de droga, el uso de las armas y las «técnicas» de arrebates, atracos, asaltos...

En el barrio, el **malandro** es Juancito, Wilmer o Williams, el hijo de la Señora Ramona, la que organiza las fiestas de San Juan, de la Señora Petra, fundadora de la Legión de María o de Jacinta a la que abandonó el marido con tres muchachos

chiquitos y crió a los dos que dejó la difunta Paula porque no pudieron operarla en el Hospital Vargas. El **malandro** es el compañero de los hijos e hijas de todos, que iba a la Escuela con ellos y compartía las travesuras en los callejones del barrio. Desertó de la Escuela porque había que ayudar en la casa, pues los adultos no consiguen trabajo o ganan muy poquito. De repente, se convirtió —mejor no saber cómo— en el único que traía dinero para hacer el mercado, mejorar y hasta comprar el rancho para convertirlo en casa y «mamá tenga donde vivir tranquila». A veces atraca también a los del barrio, pero cuando hay que comprar una medicina, llevar a alguien al hospital a cualquier hora del día o de la noche o contribuir para enterrar al que murió, se cuenta con él sin que exija retribución alguna.

El **malandro** es la figura más destacada del barrio. Es el punto de referencia de para jóvenes y niños. Lo admiran tanto o más que a los personajes de la televisión, pues se le parecen y hacen realidad lo que allí ven. Las muchachas más bonitas, con mayores deseos de mejorar sus condiciones se enorgullecen de ser sus novias o compañeras, con frecuencia madres de sus hijos. El **malandro** es el «hombre exitoso» porque tiene posibilidades de tener y hacer aquello que los medios de comunicación y el ambiente consideran el ideal de vida. Gracias a su audacia, las armas y las drogas pueden ofrecer a sus novias, madres, familiares, amigos y a sí

mismos lo que la sociedad, a cuyo margen viven, consideran signos de bienestar, imposibles de obtener por la vía del estudio, el trabajo honrado y la legalidad.

## **DONDE SE APRENDE A SER MALANDRO**

La respuesta para los habitantes de urbanizaciones y cuerpos policiales es obvia: en el barrio. Esa no es toda la verdad. En el barrio, es cierto, se transmiten comportamientos y técnicas de **malandro**. Pero las raíces del árbol que produce ese fruto no están sólo allí. El barrio mismo es creación de un proceso social del que sus habitantes no son responsables. Los barrios nacieron como ilusión frustrada de participar en las ventajas de la civilización moderna. Sin barrios no habría urbanizaciones, pues fueron sus habitantes los que las construyeron, hasta físicamente, con la esperanza de algún día vivir en alguna de ellas. Vivir en pobreza no fue una opción libre de los habitantes de los barrios. Las élites modernizadores ofrecieron una sociedad moderna con puesto para todos. Los de arriba y los de abajo pusieron lo mejor de sí mismos para hacerla realidad. Durante algunas décadas todos mejoramos, en distinta proporción pues la injusticia no es casualidad sino defecto estructural. Luego vino el proceso de empobrecimiento por el cual se agudizó la injusticia, empeoraron las condiciones de vida y se nubló la esperanza de las mayorías populares. La violencia quedó como uno de los pocos caminos abiertos para obtener torcidamente el éxito según los modelos aprendidos.

Para los niños y adolescentes del barrio el abismo entre la posibilidad de realizar en sus vidas las aspiraciones que se les inculcaron a través de todo el proceso de socialización (relaciones primarias, escuela, medios de comunicación, valores y estímulos sociales...), y los medios para alcanzarlos (educación, trabajo, ahorro...) se hizo insalvable. Sólo los **malandros** logran salvar el abismo. Por eso, son considerados «exitosos». La aparición del narcotráfico como actividad «marginal» acelera y extiende el aprendizaje para convertirse en malandro.

La inmensa red de la producción y distribución de droga no se maneja en y desde los barrios. Los habitantes de los barrios son más bien víctimas de esa red. Para los jóvenes de barrios, deseos del «éxito», al que les incita y les niega la

sociedad en la que medio viven, los traficantes de la droga se convierten en los portadores de la posibilidad real de un «ascenso social» rápido.

La actuación cotidiana de los cuerpos policiales estimula aún más ese camino. En teoría son los encargados de hacer cumplir las leyes porque son la relación inmediata entre el poder judicial encargado de garantizar la igualdad social ante una ley que representa el bien común. En la práctica participan igualmente en el negocio de drogas, usan sus armas para beneficio particular, asumen permanentemente conductas violentas, especialmente con los habitantes de los barrios. Los agentes de la policía se parecen tanto

**El malandro es la figura más destacada del barrio. Es el punto de referencia para jóvenes y niños. Lo admiran tanto o más que a los personajes de la televisión, pues se le parecen y hacen realidad lo que allí ven. Las muchachas más bonitas, con mayores deseos de mejorar sus condiciones se enorgullecen de ser sus novias o compañeras, con frecuencia madres de sus hijos. El malandro es el «hombre exitoso» porque tiene posibilidades de tener y hacer aquello que los medios de comunicación y el ambiente consideran el ideal de vida. Gracias a su audacia, las armas y las drogas pueden ofrecer a sus novias, madres, familiares, amigos y a sí mismos lo que la sociedad, a cuyo margen viven, consideran signos de bienestar, imposibles de obtener por la vía del estudio, el trabajo honrado y la legalidad.**

a los malandros en su actuación, que sirven más para legitimarlos y consagrarlos que para reprimirlos. Hasta hacen que los habitantes de los barrios prefieran a los **malandros**, son conocidos y hasta familiares, muchas veces solidarios, que a los policías que vienen a reprimir indiscriminadamente, culpar a inocentes o a cometer delitos amparándose en su papel. Los oficiales de la jerarquía policial militar tienen la misma responsabilidad que los dirigentes de las demás instituciones sociales, al menos pecan de omisión al hacerse la vista gorda, cuando no están

implicados en los negocios ilícitos de mayor nivel.

Las enseñanzas al malandraje no se acaban allí. Lo que se conoce como el «modelaje social», es decir, el comportamiento de los líderes, dirigentes, élites económicas, políticas o culturales, refuerza ese tipo de conducta. Especialmente la corrupción generalizada en las instituciones públicas y privadas, aceptada como el modo normal de las «relaciones de negocios», hacen que el robo y el pillaje a cualquier nivel el modo social ordinario de acceso a los bienes y servicios disponibles. Atemorizar, agredir, aprovecharse de la posición que se ocupa, robar, matar, terminan convirtiéndose en la forma normal de establecer relaciones humanas y sociales, usada por igual por **malandros**, policías, políticos, empresarios como vía expedita para el aplauso social.

## **ROMPER LA LOGICA DE LOS VIOLENTOS**

Llegamos así al meollo del problema. En nuestra sociedad existe una creciente violencia discursiva que invita agresivamente a alcanzar el «éxito», medido en dinero y poder, además ofrece el imaginario y los estímulos adecuados para intentar saltarse impedimentos estructurales tan reales como sólidamente asentados. Esta sociedad en trance de dejar de ser rentista y populista excluye violentamente de sus beneficios y de la posibilidad de alcanzar sus ideales a una creciente mayoría de sus integrantes. Mientras invita permanentemente a todos al consumismo, al hedonismo y al desarrollo de sus recursos en modo individualista, crecen los márgenes de pobreza y se alejan para las mayorías las posibilidades de alcanzar esos arquetipos.

En ese sentido es que hablamos de una sociedad estructuralmente viciada, incapaz de producir la seguridad de sus integrantes ni la justicia en sus relaciones. Fundada en una «cultura de la muerte» que nos envuelve a todos y nos desintegra como personas y cuerpo social.

De allí que tengamos que caer en la cuenta de que la solución de fondo exige cambiar los fundamentos, estructuras y motivaciones del actual modelo de sociedad. La gravedad del problema exige que no nos engañemos pensando que puede detenerse el crecimiento de la violencia social, mejorar los niveles de seguridad pública y organizar un sistema judicial garante de un mínimo de justicia sin afec-

tar la constitución estructural de la sociedad en que vivimos, de las bases de la producción y distribución de sus recursos, de su régimen político y del imaginario colectivo que modela las conductas de los diversos sectores sociales.

Dentro de ese cambio estructural de mentalidad se inscribe la necesidad de romper la lógica de los violentos que lleva a intentar generar seguridad y justicia por métodos contraproducentes. Por ejemplo, «dejar que los malandros se maten entre ellos» en las calles o en las cárceles, antes de hacer justicia, «operativos de profilaxia social» que afectan la cotidianidad de los ciudadanos comunes y son inútiles frente al hampa, los denominados mecanismos de «autodefensa», o el clamor por la aprobación de la «pena de muerte». En esa lógica de los violentos se ha llegado a que se extienda el tomarse la justicia por propia mano, pues la experiencia enseña que la ley no es eficazmente administrada para sancionar a los trasgresores. No hacer nada sería resignarse a la prevalencia del mal y perder toda esperanza. Hacer algo, sin embargo, es una nueva manera de aumentar la violencia incontrolada que puede hacerse incontrolable.

La lógica de los violentos renuncia expresamente a preguntarse las razones de fondo del crecimiento de la violencia y de la inoperatividad de los mecanismos públicos de justicia y seguridad. De esta manera se regresa a la «guerra de todos contra todos» en la que sobrevivirán los que tengan más recursos o más suerte. Una lógica que termina en un cortocircuito que quema también la justicia inicial. En efecto, aceptar que el Estado no tiene remedio y que los policías, los jueces y las cárceles son lacras irreversibles es aceptar no sólo que no vivimos en un Estado de Derecho, sino que nunca podremos llegar a él. Es renunciar a la lucha por crear un Estado de Derecho en Venezuela.

### ARRIESGARSE A VIVIR EN PAZ

La desaparición de los malandros y de las estructuras injustas productoras de violencia sólo es posible desde la decisión individual y colectiva de organizar las relaciones sociales desde otra perspectiva que se inicia asumiendo la responsabilidad ciudadana, es decir pública y común, quebrando el miedo que nos paraliza o nos lleva a tratar de conseguir particularmente su propia seguridad. No basta, por tanto, lamentarse porque el Estado no cumple su cometido, el que le da su razón de ser, de garantizar la seguridad colecti-

va, dirimir los conflictos entre los ciudadanos y reprimir los delitos de acuerdo a la ley. Hay que exigirlo desde las bases mismas de la sociedad. Por eso, es necesario estimular el surgimiento de organizaciones civiles sensibles a esta problemática que presionen tanto al Estado como a los ciudadanos en el cumplimiento de sus obligaciones.

Redimir a los violentos e integrarlos a la convivencia ciudadana es un paso ineludible. Malandros, policías, delincuentes, alcahuetes son gente nuestra, del barrio, parte de nosotros como pueblo, víctimas por igual de la violencia engendrada en una maraña de relaciones que

**Las raíces del árbol que produce ese fruto no están sólo allí. El barrio mismo es creación de un proceso social del que sus habitantes no son responsables. Los barrios nacieron como ilusión frustrada de participar en las ventajas de la civilización moderna.**

**Sin barrios no habría urbanizaciones.**

**Vivir en pobreza no fue una opción libre de los habitantes de los barrios. La injusticia no es casualidad sino defecto estructural.**

los hace violentos, muchas veces a costa de su propia vida y del sufrimiento de sus seres queridos. El proceso de reintegración tiene muchas dimensiones: la sociedad tiene que ofrecer modelos de personas «exitosas» canales para lograrlo que no lleven por el camino de la violencia. El sistema judicial debe ser asequible para todos por lo barato, lo rápido y lo justo sin distinciones. Las cárceles pueden y tienen que ser lugares humanos en los que se rescate a los delincuentes que no dejan de ser personas por incurrir en faltas, del calibre que sean.

Nada de esto es posible si no se reconoce al otro como persona. Si el malandro no es reconocido como ser humano por quienes se consideran humanos y no malandros, no es posible su reintegración a la vida social. Si las urbanizaciones no dejan de ver en los barrios una amenaza a su seguridad para sentirse y relacionarse como vecinos empeñados en la misma tarea de construir una ciudad para todos, no alcanzaremos a vivir en paz.

En el mismo orden de ideas es necesario desarmar a la población. No podemos seguir permitiendo que los habitantes de

las ciudades, pobres y ricos, estén armados para una guerra que no puede ser, entonces, sino entre ellos, fratricida. En este sentido hay que comenzar por crear conciencia de que la difusión masiva del uso de las armas contribuye más al aumento de la violencia que a evitarla. La facilidad con la que se obtienen todo tipo de armas y municiones, muchas veces provenientes de los propios cuerpos policiales y hasta de las Fuerzas Armadas, porque se pone en ellas el fundamento de la seguridad personal y los estímulos directos e indirectos a utilizarlas son tendencias sociales que se pueden revertir. La manera no es establecer «operativos»

policiales de desarme de los barrios, en la lógica de los violentos, sino una política estable que lleve a recuperar la confianza de la mayoría en que la seguridad personal no depende de la posesión de un arma, que establezca un riguroso control de las armas en manos de la población y, también, de los cuerpos de seguridad. No desconocemos la necesidad de la represión policial a una delincuencia desafiante. No hay que minimizar la gravedad del auge de la delincuencia en las zonas urbanas. Los actuales métodos policiales han resultado inefectivos, es necesario transformar la concepción policial, acercarse más a la población, apegarse a la ley y preferir los mecanismos de inteligencia a los «operativos» indiscriminados.

Por la enorme incidencia que tiene el tráfico de drogas en el aumento de la violencia cotidiana y en el uso de las armas, es urgente dismantelar su red de distribución. Una labor de inteligencia policial, apoyada en la presión social de los vecinos, puede dismantelar esa red si se cuenta con la decisión política y la ética social capaz de penalizar judicialmente a quienes se dedican a esa actividad, y con mayor rigor aún a los policías, jueces, funcionarios del Estado o padrinos políticos de cualquier nivel, alcahuetes de un cáncer que devora los núcleos vitales de la convivencia social.

La violencia cotidiana y estructural no es nuestro destino definitivo si nos decidimos a dar los primeros pasos que nos alienten en el complejo camino de humanizar nuestra convivencia. Podemos salir del dilema del «malandro, héroe o villano», ni una cosa ni la otra. La seguridad personal y colectiva, así como la justicia y la convivencia dentro del marco de un Estado Social de Derecho son posibles, aunque hoy parezca un horizonte lejano. Todos y cada uno tenemos una responsabilidad y podemos hacer algo.